

Tiempos de guerra. Recuerdos colectivos y recuerdos individuales

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 03/26/2014 - 17:50

Walter Barberis*

Italia es un país histórica, geográfica, cultural e institucionalmente dividido. Detrás de una especie de unidad lingüística y religiosa, se caracteriza por la diversidad de sus regiones. De ahí tradicionalmente han madurado sentimientos de pertenencia locales, espíritus de "patria chica", y ha sedimentado una fuerte tendencia a privilegiar el interés privado en detrimento de cualquier forma de interés público.

Después de 1861, tras la unificación, diferentes factores contribuyeron a componer un tejido nacional; fueron factores de agregación, pues favorecieron una integración social y cultural, por ejemplo, entre el sur y el norte del país. Sin embargo, fueron pocas las oportunidades en las que pusieron en movimiento mecanismos de auténtica "comunidad" que favorecieran una "italianización" de los italianos; los fenómenos más relevantes fueron las dos guerras mundiales que tuvieron lugar en el siglo XX. La Primera Guerra Mundial dejó huellas sustancialmente uniformes; la Segunda, y en particular el periodo final --que vio en el centro-norte el desencantamiento de una guerra civil entre fascistas y antifascistas colateral a la guerra de resistencia y liberación--, dejó por el contrario un recuerdo controvertido, alimentado por diferentes miradas y por pertenencias ideológicas contrapuestas, una historiografía de los vencedores y una historiografía de los vencidos.

Los sucesos, por definición, no son procesos. Pueden dar inicio a procesos de duración variable, en ocasiones efímeros, no duraderos, o bien más aparentes que reales. Esta premisa es importante porque los dos sucesos aquí considerados no son exactamente de alta significación política, económica o militar, sino son "tiempos de guerra", es decir momentos de vida que hicieron comunes ciertas experiencias cotidianas. Estas experiencias, aunque correspondientes a una época, se fundan en tradiciones locales muy fuertes, si bien no todas tuvieron el mismo peso ni la misma capacidad para resistir en el tiempo. Su capacidad de "cohesión" fue diferente en el espacio y en el tiempo.

Comencemos con una consideración: las guerras de Resurgimiento, aunque orientadas a la independencia de Italia y por lo tanto presumiblemente favorables a la unidad de los italianos, no fueron capaces de acercar, de unir a los italianos. Estas guerras constituyeron un vector de propaganda nacional; pero, más allá de los campos de batalla, este discurso involucró únicamente a las élites. Por otra parte, los movimientos de insurrección y las organizaciones de voluntarios que llevaron de norte al sur a miles de hombres fueron fenómenos eminentemente minoritarios: no mellaron la profunda actitud conservadora de las clases populares.

Todos los movimientos organizados con el objetivo de alcanzar una unidad nacional --nacidos espontáneamente o promovidos por instituciones estatales-- contribuyeron a la formación y difusión de una sensibilidad al respecto, pero no incidieron profundamente. Las culturas regionales soportaron y en ocasiones incluso acentuaron sus características con episodios de resistencia y de reacción. Los italianos, en el curso del periodo definido como Resurgimiento nacional, no se conocen entre ellos y mucho menos se reconocen como "italianos".

La Primera Guerra Mundial irrumpió como huracán: el lapso de guerra comprendido entre 1915 y 1918 convulsionó la vida y las formas de pensar de los "italianos". Por primera vez, surgió una "guerra ilimitada" que involucró a toda la población y no sólo a los combatientes. Dicha guerra anunció un siglo de experiencias totalizadoras y de gran creatividad destructiva. Los procedimientos del mundo industrial se aplicaron a la guerra, con lo que se inauguró un gigantesco sistema de producción de muerte. A un involucramiento masivo correspondió una muerte masiva. La muerte --producida en cantidades industriales y provocadas por tecnologías de derivación industrial-- niveló los diversos grupos sociales e igualó diferentes lugares. Además, un alto número de combatientes muertos fueron necesariamente civiles: millones de huérfanos, de viudas y otros familiares de caídos, de mutilados y de heridos. Si bien Italia pagó un precio menos elevado que Francia o Alemania, de cualquier forma contabilizó 650 mil muertos, 450 mil inválidos, cinco millones de

desplazados y empleados en las operaciones militares en los varios frentes y retaguardias. Generaciones completas --comprendidas entre 1874 y 1885, entre 1886 y 1895, y sobre todo entre 1896 y 1900-- vistieron en masa el uniforme, con la única excepción de quienes, principalmente en el sur, emigraron para no ir a la guerra.

Y de hecho, uno de los fenómenos más relevantes de la época fue la uniformidad de la experiencia. El desplazamiento, en primer lugar, causó una clara tendencia a la homologación. Cuatro de cada cinco familias italianas tuvieron un hijo enrolado. Por primera vez, pastores de Umbría, campesinos de Véneto y de Sicilia, comerciantes romanos, portuarios genoveses, gente del mar, de la llanura y de la montaña se encontraron juntos en las trincheras del noreste, compartieron el viaje en los trenes militares, el shock del frente, la reclusión, la hospitalización y, en muchísimos casos, el último viaje al cementerio. Por primera vez también, italianos tan diferentes contemplaron los mismos escenarios: las artillerías destructivas, las tecnologías de la electricidad, la reproducción de las voces con altoparlantes y fonógrafos. Vieron las noches iluminadas por los faros y las explosiones, el paisaje que se transformaba bajo los estallidos de los cañones y de las bombas. La guerra es fuente de nuevas imágenes y nuevos sonidos: millones de personas ven cosas nunca antes vistas y escuchan sonidos nunca escuchados. Todos experimentaron y compartieron un trauma cultural, antes que psicológico. La gran transformación/modernización, de dimensiones internacionales, se reflejaba en los frentes internos, sobre todo en Italia, tradicionalmente dividida. Ese trauma cultural se fijó en la memoria colectiva. Aquel momento de gran importancia histórica se convirtió también en punto de partida para miles de pequeñas historias individuales.

Esta modernidad de la guerra trajo consigo elementos de estandarización: la internacionalización del conflicto conllevó una reducción de las diferencias entre un país y otro, un intercambio que hizo comunes diversos elementos materiales y mentales. El mundo campesino, por ejemplo, sufrió un ataque radical y se vio obligado a una confrontación inédita que lo aproximó al mundo urbano e industrial. Esta fue la premisa de un proceso que tendió a la homologación.

La guerra fue un gran fenómeno mediático que involucró a todos los sectores de la población: produjo millones de imágenes --hojas impresas, postales ilustradas, manifiestos murales-- con una amplia circulación. En tanto fenómeno mediático, se propuso a todos el mismo evento narrado y percibido con los mismos códigos de comunicación. La fotografía, y su incipiente fotomontaje, llevaron a todas partes los rostros de los soldados y los lugares donde se hallaban, y al contrario, hicieron llegar a las zonas de guerra las imágenes de casas y familias lejanas. El compartir aquellas imágenes, el gozo colectivo del intercambio de panoramas amplió y reforzó el área común.

Por primera vez Italia fue arrollada por la comunicación masiva: el soldado con el dedo señalando, que invitaba a enrolarse, apareció en millones de manifiestos en los muros de todas las plazas italianas; imagen que, con características variables, se propagó también en otras naciones de "manifestación", tanto en lo que respecta a la estandarización material como a la producción y el control de sentimientos. Una Italia rural, campesina, dominada por la comunicación oral y completamente cerrada en el ámbito local se vio embestida por la serialidad y la penetración de la comunicación masiva. La guerra también fue un fenómeno "publicitario".

La extraordinaria eficacia del cine acompañó estos fenómenos de alucinación masiva. Por primera vez en Italia el cine irrumpió en la vida de las personas, mostrando la guerra también a quienes físicamente estaban lejos y aun a quienes la combatían: modificó su percepción, influenció su opinión, confundió la mirada de la realidad y la mirada de la representación. La imagen que ofreció el cine, oportunamente manipulada por la propaganda, orientó la apreciación, de la guerra homologando la mirada de todos los italianos.

Por primera vez los italianos escribieron, se escribieron y se describieron. Desde el frente hasta los más lejanos pueblos, y viceversa, se intercambiaron millones de postales ilustradas, millones de cartas, notas, información general y personal. La necesidad de escritura fue mayor en las trincheras, en los lugares más cerrados y aislados de los frentes de guerra; de aquí partieron dos mil millones de piezas de los cuatro mil millones trasladados por el correo italiano durante la guerra. No menos importante, las estampillas postales, con una fuerte carga iconográfica innovadora, entraron a formar parte de la vida y del imaginario de los italianos poniendo ante su vista los rostros de la familia real y los símbolos de la nación.

Al terminar la guerra, quedaron decenas de miles de monumentos, una cantidad enorme de recuerdos de piedra que podían encontrarse en cualquier lugar de Italia, casi siempre con los nombres grabados de aquellos que habían perdido la vida "como italianos". Desde entonces, toda plaza y todo cementerio dedicaron un espacio al martirologio: no existe pueblo, por pequeño que sea, que no tenga un monumento en bronce o en granito celebrando la primera muerte masiva "italiana", es decir la primera prueba de unidad nacional.

Los años siguientes serían turbulentos. Violentas luchas sociales sacudirían Italia y el llamado a la revolución socialista alimentaría las esperanzas y los miedos de muchos italianos. Con la guerra, por una parte, se había consolidado una nueva forma de identidad nacional; por otra, había cedido la estructura política e institucional que hasta entonces gobernaba el país. Se derrumbaba así el régimen liberal, y gran parte del bloque social que había constituido la vanguardia política de apoyo a la guerra, la llamada pequeña burguesía, se adhería al fascismo. No es necesario recordar el papel del régimen totalitario fascista en el reforzamiento la identidad nacional. Al mismo tiempo, discriminaba y marginaba a quienes se le oponían. Los grandes cambios antropológicos y culturales causados por la Primera Guerra Mundial fueron absorbidos y neutralizados por una nueva política de masas. Obviamente el fascismo acentuó la propaganda nacionalista, inventó rituales públicos masivos, militarizó a los italianos y los acostumbró a los desfiles, e inclusive dictó un canon arquitectónico para los edificios públicos. El rostro de Italia apareció cada vez más uniforme. Pero el sentimiento común de los italianos se deterioró; la cara violenta del régimen sembró sospechas, miedos y oposiciones. Y cuando el fascismo llegó a la cita con la Segunda Guerra Mundial, el sentimiento más difundido entre los italianos era sobre todo un fuerte deseo de paz.

Tal deseo fue agudizado por los sucesos que marcaron este segundo momento de guerra, muy diferente al precedente. En esta ocasión, el territorio y el pueblo italiano sufrieron una doble ocupación, por los alemanes primero y por los angloamericanos después. El desarrollo de los sucesos contribuyó a determinar una situación contradictoria: algunas experiencias fueron comunes a todos los italianos y fomentaron una memoria colectiva compartida; otras, particularmente después del 8 de septiembre de 1943, dividieron a los italianos del sur con los del norte, a los fascistas de los antifascistas y a todos ellos de la gran masa de quienes prefirieron no enfrentarse y se refugiaron en la defensa de sus intereses privados.

Por lo tanto, para este segundo momento de guerra deberemos observar dos escenarios distintos. El primero nos presenta algunos elementos percibidos como comunes a todos los italianos. Uno de estos elementos, que condicionó la vida, fue el hambre. Con la guerra, los productos de primera necesidad, sobre todo los alimentos, sufrieron un drástico y progresivo aumento de precio, y de hecho tendieron a desaparecer del mercado. Se hizo necesario el racionamiento en todo el territorio nacional. Las estadísticas muestran que en 1942 sólo 2% de los italianos tenía suficiente comida; 14% sufría de escasez, 43% tenía una provisión suficiente y 41% literalmente padecía de hambre. Fenómeno eminentemente urbano, la falta de comida igualó al norte y sur del país. Marcó, en cambio, una línea divisoria entre la ciudad y el campo: el mundo rural, que los procesos de industrialización redujeron a la marginalidad, se recuperaba de su antigua pobreza y con los productos de su economía natural chantajeaba a la sociedad urbana. En el campo daba inicio el mercado negro, es decir el contrabando de los productos agrícolas a precios fuera del mercado; renacía de esta manera una economía de trueque, de intercambio en condiciones absolutamente desfavorables para quienes vivían en las grandes ciudades. El hambre fue un elemento común a muchísimos italianos; pero se relacionó con una extendida desconfianza, cuando no un auténtico rencor hacia el mundo campesino.

En segundo lugar los italianos compartieron el miedo. Una vez más, éste fue sobre todo un fenómeno urbano. Las ciudades fueron el objetivo de los bombardeos con los que, desde 1940, los angloamericanos golpearon a la Italia fascista aliada de la Alemania nazi. En realidad los objetivos industriales y militares involucraron a millones de civiles; miles y miles fueron asesinados, heridos o perdieron su casa. Por lo tanto, el ruido de los bombardeos, el ulular de las sirenas de la artillería antiaérea, las huidas precipitadas y las largas esperas en los refugios subterráneos fueron parte importante de experiencias muy difundidas y de un memoria común duradera. Muchos abandonaron las ciudades, así que también las evacuaciones, es decir la búsqueda de una casa en el campo donde refugiarse, se convirtieron en una experiencia compartida y, en parte, en un elemento de recomposición de la fractura ciudad-campo. Al mismo tiempo, el miedo fue un estímulo para elevar una nueva "petición a la divinidad" e hizo resurgir la necesidad de fe religiosa. La muerte de civiles,

que extendió la guerra fuera de los campos de batalla, volvió a poner en movimiento cultos y ritos propiciatorios; en especial reactivó una fuerte devoción mariana. Por todas partes, la Virgen María fue convocada para realizar trabajo extraordinario: la Virgen de la Consolata en Turín, la Virgen de Pompeya en Nápoles.

Estas dos condiciones, derivadas de la materialidad de la vida cotidiana, se acompañaron de otras dos de carácter inmaterial, por llamarlas de alguna manera, que a su vez influyeron en el imaginario colectivo de manera amplia y uniforme. La primera de estas experiencias generalizadas fue la relación de la gente con la radio, que constituyó más que un medio de comunicación masiva. A despecho de la propaganda oficial, las familias italianas siguieron mediante el radio el desarrollo de la guerra y los movimientos en el frente; se nutrieron con noticias verdaderas y creyeron noticias falsas; se encontraron unidos de pronto por los "rumores" provenientes de la radio. Y también escucharon la voz de quien primero fue un enemigo y después un aliado: Radio Londres se convirtió al poco tiempo en un vehículo de noticias prohibidas y por lo tanto en una fuente de esperanzas prohibidas. Naturalmente, esperanzas de paz. Más aún, con la radio los italianos disfrutaron y se homologaron cantando las mismas canciones, dándose cita para escuchar los mismos programas y las voces de los mismos anunciantes y conductores, que rápidamente se convirtieron en patrimonio cultural de la nación.

La segunda experiencia fue la progresiva americanización de las fantasías de los italianos. Con el cambio de rumbo de la guerra, con la rendición y el retiro lento pero continuado de los ejércitos alemanes frente al avance del ejército encabezado por los norteamericanos, los italianos se asomaron a un "futuro americano". Como ya lo había profetizado Woodrow Wilson, la fuerza del consumo sería mucho mayor que la fuerza de las armas. Y si en Italia la explosión del consumo se desarrollaría al mismo paso que el *boom* industrial en los años cincuenta y sesenta, el *way of life* americano desencadenó su capacidad de atracción precisamente en el curso de la Segunda Guerra Mundial. El modelo de vida americano fue un sueño entonces, pero actuó como un poderoso aglutinante cultural al devenir ampliamente compartido por muchísimos italianos. Música de jazz y cine hollywoodense. Glenn Miller y cigarros de tabaco rubio, eficiencia, tecnología, fuerza, riqueza, sencillez en los modales y pragmatismo en las relaciones-anuncio, comercio y consumo, higiene y electrodomésticos; todo fue imaginado como un anuncio del futuro hacia el cual los italianos se orientaron mucho antes de que la guerra fría nuevamente separara los frentes ideológicos y las opciones políticas individuales y colectivas.

Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial, si bien fue un espacio y una época de sucesos que dieron inicio a procesos de homologación y a recuerdos ampliamente compartidos; fue también teatro de acontecimientos que trazaron un mapa de profundas diferencias. Experiencias diversas, y después recuerdos, que separaron a los italianos. La variable geografía de la guerra, el avance del frente americano y el retroceso del frente alemán, el segundo régimen fascista en el norte y la progresiva liberación en el sur y el centro, sumados a la guerrilla partisana y a la auténtica guerra civil entre fascistas y antifascistas en el norte, determinaron una fragmentación de las experiencias de la cual los italianos todavía no se recuperaban completamente.

A lo largo de la línea de un disímil calendario de sucesos de la guerra, se constituyeron tres áreas socioculturales que vivieron y vieron con ojos y sentimientos diferentes, y desde lugares diferentes, los mismos hechos. La primera área está constituida por quienes fueron y permanecieron fascistas. Silenciosos y militarmente neutralizados en las zonas donde avanzaron y se fortalecieron los ejércitos angloamericanos; agresivos y capaces de feroces delitos en contra de los rebeldes partisanos y de los civiles sospechosos de protegerlos, en las zonas donde los alemanes resistieron por más tiempo y permitieron la supervivencia formal de la llamada República Social Italiana. Éstos perdieron la batalla: fueron "los vencidos". A la segunda área pertenecen aquellos que fueron antifascistas durante el fascismo o se volvieron antifascistas a lo largo de la guerra; entre éstos había quienes se opusieron pasivamente y quienes se incorporaron a la lucha armada clandestina. Entre estos últimos se encontraban personas de diferente orientación: republicanos, monárquicos, católicos, activistas, socialistas y comunistas; individuos de grupos sociales heterogéneos: obreros, campesinos y profesionistas burgueses, profesores y estudiantes, gente de la ciudad, del campo y de la montaña. En el plano político, el componente comunista fue sin duda el mayoritario entre los combatientes e impregnó a la Resistencia de un sentimiento revolucionario de tendencia soviética. Éstos ganaron la batalla: fueron "los vencedores". El tercer componente, por mucho el más numeroso, lo constituyeron quienes se abstuvieron de tomar una posición cuando el fascismo entró en crisis y se refugiaron en la defensa de su propio espacio y de sus intereses particulares. Esta

"zona gris" se constituyó oficialmente como una enorme crujía entre los dos contendientes en lucha; pero de hecho siempre simpatizó con el restablecimiento de un orden tradicional, fundado en la falta de compromiso y en la indiferencia. No participaron en la batalla, pero resultaron del bloque social y cultural predominante en la posguerra.

Cada uno de los tres grupos "escribió su historia" de la Segunda Guerra, y en particular se conoció la historia de la Resistencia y de la Liberación del nazi-fascismo, en caliente, durante los años inmediatos a la guerra, se afirmó la versión de los "vencedores". Con el tiempo, el bloque moderado y no comprometido promovería, junto con los "vencidos", una operación revisionista, que todavía está en curso hoy en Italia. Esta nueva historia no sostiene abiertamente las razones de quienes fueron fascistas, pero reivindica orgullosamente el derecho de distinguirse de aquel antifascismo que fue, se dice, hegemonizado por los comunistas.

Los estudiosos, desde luego, aportaron nuevas contribuciones para comprender esos momentos de profunda fractura del tejido nacional. Pero la cuestión, como es obvio, no es historiográfica; antes bien, la tendencia deslegitimadora iniciada con la Liberación el 25 de abril de 1945, fecha fundadora de la nueva vida democrática italiana, es una cuestión esencialmente política y trae nuevamente a discusión incluso las fechas --es decir el comienzo-- que sucesivamente dieron a Italia un régimen republicano (2 de junio de 1946) y una Constitución democrática (27 de diciembre de 1947). Pero esta es materia de un debate político. Entonces como hoy, los temas del antifascismo y del anticomunismo se presentaron para un uso público de la historia.

Regresando al terreno exclusivamente historiográfico, puede tener algún significado reflexionar en torno al papel y a los recuerdos de los voluntarios en las guerras italianas entre los siglos XIX y XX. Éstos formaron parte de agrupamientos independientes, desligados de cualquier relación jerárquica con ejércitos del Estado. En la guerra de 1859, los voluntarios que se enrolaron en las tropas regulares piamontesas constituyeron 13% de los efectivos, aproximadamente 20 mil hombres. Pero se calcula que los voluntarios participantes en la campaña contra Austria fueron en total alrededor de 50 mil. Por lo tanto muchos formaron grupos de combate irregulares, de importancia numérica aunque difícil de evaluar desde el punto de vista de la eficacia militar. Más fácil, en cambio, es identificar algunas de sus características, tanto en lo que atañe a la generación a la que pertenecen como a su singularidad cultural y política: todos eran hombre jóvenes o muy jóvenes orientados en sentido republicano y democrático.

Eran 1162 los voluntarios que partían en 1860 de las costas del norte y a la vez de Sicilia: los garibaldinos o "camisas rojas". Poco a poco el número crecería en el curso de las acciones. Fueron aquellos hombres, siguiendo a una figura ciertamente excéntrica como Giuseppe Garibaldi, quienes condicionaron los movimientos de la dinastía de los Saboya y de Cavour. Vistos desde Turín, capital del reino de Cerdeña, los "camisas rojas" asemejaban más bien una cuerda de reos que patriotas con quienes compartir el sueño de la unificación nacional. Con todo, tuvieron un peso determinante en el desarrollo de los eventos que llevaron a la unidad de Italia. Pero si bien Garibaldi figuraría entre los padres de la patria, en el panteón de los héroes nacionales, no fueron éstos los que protagonizaron el Resurgimiento italiano. La Italia unida fue monárquica; la dinastía reinante era la de los Saboya. Así pues, los protagonistas fueron un rey, Vittorio Emanuele II, y un gran estadista, Camilo Cavour, quien supo tejer las tramas internas e internacionales necesarias para llevar a buen fin el proceso de unificación nacional. Los garibaldinos se convirtieron en un mito, un emblema, el eco de un romanticismo típico de todas las utopías; pero su papel devino accesorio, como el de los actores secundarios respecto a los protagonistas, que fueron los guardias reales y los soldados de infantería de los ejércitos sardo-piamonteses. La literatura, mucho más poderosa que la historia para difundir los estereotipos destinados a enraizarse en el imaginario colectivo, desde Edmondo De Amicis a Giosué Carducci, atribuiría a la dinastía saboyana el mérito político y militar de la unificación nacional.

No fue una casualidad que los comunistas que animaron la lucha armada contra los fascistas y los nazis, después del 8 de septiembre de 1943, encuadraran a sus hombres en las Brigadas Garibaldi. La referencia de las "camisas rojas" era evidente. Pero la bandera roja había cambiado su sentido simbólico, representando ya no un movimiento protosocialista ni el lejano eco del gorro frigio de la Revolución Francesa, sino el horizonte soviético de la Tercera Internacional. También los comunistas sumaron algunas decenas de miles de hombres. Fueron actores de una resistencia de gran vistosidad, un fenómeno casi único en Europa por sus dimensiones y características político-militares. Liberaron a las grandes ciudades del norte, dirigieron los días de la insurrección, dejaron en el campo la mayoría de caídos,

eliminaron a Mussolini y a sus últimos camaradas. La literatura italiana de los años cincuenta no tuvo dificultades para retratarlos favorablemente, junto a otros protagonistas de la resistencia. Pero el uso retórico que dio el Partido Comunista al recuerdo de aquella época y la consolidación política y cultural de una mayoría moderada se conjugaron para transformar, primero en indiferencia y después en fastidio, el recuerdo de la Resistencia y en particular el de los últimos garibaldinos. Una vez más, el papel de los voluntarios que arriesgaron la vida por una causa de interés general --la reconquista de la democracia-- quedó supeditado al servicio del país, que con los años se convertiría en el único vencedor de la Segunda Guerra Mundial y de todas las grandes batallas del siglo XX: Estados Unidos. El final de la guerra fría y la caída del muro de Berlín reforzarían esta imagen también en Europa oriental.

Hoy podemos decir que en Italia un vigoroso retorno a los recuerdos individuales, a las miradas personales, sobrepasó a la lección compleja y en ocasiones contradictoria de la historia. Una vez más, la dimensión "privada" parece haber superado a la "pública", y el "recuerdo compartido", apaciguado, no es sino la última edición de un recuerdo sin historia. Por fortuna, la literatura de los grandes del siglo XX italiano, de Calvino a Fenoglio, continúa narrando con inalterable frescura y eficacia la historia de Resistencia y de sus muchos protagonistas.

*Universidad de Turín.

Tags:

[Expediente H](#)

[identidad](#)

[nación](#)

[experiencia](#)

[guerras](#)

[medios masivos](#)